de la carreta de la muerte : gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPÍTULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte, la pasáron Don Quixote y su escudero debaxo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dixo Sancho á su señor : señor, que tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale páxaro en ma-

no, que buytre volando. Todavía respondió Don Quixote, si tú, Sancho, me dexaras acometer, como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la Emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los Emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fuéron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mesmo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la República, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Si no dime ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen Reyes, Empera-

dores y Pontífices, caballeros, damas y otros diversos personages? uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mesmo, dixo Don Quixote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontífices, y finalmente todas quantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que miéntras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo ménos simple y mas discreto. Sí, que algo se me ha de

pegar de la discrecion de vuesa merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuesa merced ha sido el estiercol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de quando en quando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso, era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran

parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como él decia quando queria dormir, y desaliñando el rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debaxo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la mesma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroyca historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media

vara, y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, á lo ménos todo el tiempo que les dexaba, ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen que dexó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuviéron Niso y Eurialo, y Pílades y Oréstes: y si esto es así, se podia echar de ver para universal admiracion, quan firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dixo: no hay amigo para amigo: las cañas se vuelven lanzas (1); y el otro que cantó, de amigo á

(1) Estos son dos versos de un romance de las *Guerras de Granada* por Gines de Hita, donde se pintan las fiestas de aquella ciudad, en que los Zegries y Abencerrages se guardaron tan poca amistad, que se mataron unos á otros.

Traban el juego de Cañas,
El qual anda tan revuelto,
Parece una gran batalla:
No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas.
Malherido fue Alabez,
Y un Zegri muerto quedaba

amigo la chinche (1), etc. Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado quando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dexándose derribar de la silla dixo al otro: apéate, amigo, y quita los frenos á los

(1) No sé quien lo cantó. Don Sebastian de Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, cita y explica este refran en estos terminos: *De amigo á amigo chinche en el ojo: dicese quando uno, que profesa ser amigo de otro, no le hace obras de tal.*

caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo, todo fué á un mesmo tiempo, y al arrojarse hiciéron ruido las armas de que venia armado, manifiesta señal por donde conoció Don Quixote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adonde está, señor mio, su merced desa señora aventura? ¿Adonde, Sancho? replicó Don Quixote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le cruxiéron las armas. ¿Pues en que halla vuesa merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las

aventuras. Pero escucha, que á lo que parece, templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. Á buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchémosle, que por el hilo sacarémos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta: que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atónitos, oyéron que lo que cantó fué este:

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.

Si gustais que, callando mi fatiga,
Muera, contadme ya por acabado:
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho,
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.

Blando qual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay!* arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dixo: ¡Ó la mas hermosa y la mas ingrata muger del orbe! Como que ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dixo á esta sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoido el Caballero del

Bosque, que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora y comedida: ¿quien va allá? ¿que gente? ¿es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. Don Quixote que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni ménos. El caballero lamentador asió á Don Quixote del brazo diciendo: sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. Á lo que respondió Don Quixote: caballero soy de la profesion que decis, y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las agenas desdichas: de lo que cantaste poco ha, colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que teneis

teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrástes. Ya quando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quixote ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dixo Sancho,

que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun.... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiéremos, y dexemos á esos señores amos nuestros que se dén de las astas, contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dixo Sancho, y yo le diré á vuesa merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartáron los dos escuderos, entre los quales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dixo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque